



Por: Felipe Luna

Consejos para la funeraria.

Para empezar hay que soltar el cuerpo, y en un principio aparentar desinterés, luego, puede ir al baño y mirarse en el espejo cómo todos los días, mojarse la cara para disimular el sudor, y peinarse moderadamente. Salga caminando despacio, mirando con tristeza a las personas que lloran, fingiendo un dolor. Siéntese en un rincón solo mientras desenfoca su mirada y parece afligido. Si se aburre, cruce la acera y pida un café. En frente de las funerarias siempre venden.

Intente hablar poco, el silencio se relaciona con pesar, la gente así le creerá. En caso dado, si alguien le habla, hable de las cualidades del cadáver. Para complementar la charla es recomendable recordar una anécdota del difunto y sonreír suavemente mientras la cuenta, haciendo que parezca una linda ensoñación.

Entre de nuevo a la funeraria y firme el libro de registro, es una buena forma de pasar el tiempo. Diríjase de nuevo a la silla y abrace sutilmente a quién lagrimea a su lado. No diga nada, es mejor. Miré el féretro y dese una bendición mientras murmura cosas inentendibles. Párese y retírese, despídase únicamente de la gente que fuma en la puerta, deles un leve toque en la espalda y levante la mano mientras se aleja.

Por último, ya en casa, bese a la viuda.

A otro Raúl: (Raúl Gómez Jattin)

Cartagena te quedo chiquita,
las olas no te tumbaron.

El mar te teme.
Eres un perdido, un infeliz,
un dios descalzo que no recibe monedas,
un verdadero poeta.
Estarás compartiendo la pipa con barba-jacob,
escondiéndole el opio a Coleridge y
riéndote de Neruda.

Te fuiste, pero dejaste la maldición en el nombre,
los poemas oliendo feo,
las murallas tristes,
y la arena iracunda.

Ahí vas, tan grande y tan loco,
de la mano con la muerte.

